

prete no se desanimó por esta negativa y se puso á discurrir un medio que le allanase las dificultades que pulsaba.

La familia con quien aspiraba á enlazarse, habia tenido graves disgustos con el capitán general. Este la habia herido en su vanidad y en sus intereses, ya porque no la guardaba todos los miramientos á que se consideraba acreedora, ya porque se habia dedicado á corregir varios abusos á que estaban acostumbrados los próceres de la colonia, y con los cuales explotaban á las clases desvalidas. ¿Llegó esta familia á concebir el proyecto de un asesinato para vengar sus agravios? Ni la historia, ni la causa de que hablaremos mas adelante, han podido probarlo con claridad.

Sea de ésto lo que fuere, el intérprete solicitó la cooperacion de un hombre de mala vida que pasaba en Mérida por maton, y que parece que tambien desempeñaba un empleo de baja esfera en la casa de gobierno. Díjole que aquella familia estaba resuelta á deshacerse del gobernador, y añadió que como era inmensamente rica, pagaria bien al que lo matase. Aceptada la proposicion del intérprete y concertado el precio del asesinato, se intentó llevarlo á efecto por medio de una yerba, que pasaba en el país por venenosa. Pero habiéndose hecho la prueba *in anima vili*, y no habiendo producido el resultado que se deseaba (5), los dos malvados resolvieron apelar á un medio mas eficaz. Es verdad que éste debia ser mas peligroso para la seguridad del asesino, porque podia dar márgen á que fuese descubierto; pero encontraron en su imaginacion un recurso para hacer perder la pista á la justicia, haciendo que recayesen sus sospechas en un inocente.

D. Toribio del Mazo habia tenido una ó varias veces la debilidad de quebrantar su confinamiento, arrastrado por la fatal pasion que habia causado su desgracia. En tales ocasiones se habia presentado en Mérida, montado á caballo y dis-

(5) Consta esta circunstancia en el proceso de que hablamos en la nota precedente.

frazado de mayordomo. Varias personas le habian visto algunas noches en la ciudad, vestido de esta manera, y como se sabia que tenia grandes motivos para odiar al capitán general, cualquier atentado que se cometiese contra la persona de éste, podria ser considerado como una venganza de aquel. Cuenta la tradicion que para hacer mas vehementes estas sospechas, el miserable que se habia comprometido á ejecutar el asesinato, se proporcionó un traje de mayordomo, é hizo pintar un caballo con los mismos colores que tenia el de Mazo. Mandó hacer además una grande escavacion en un solar yermo del barrio de san Sebastian, á fin de sepultar en ella todas las huellas del crimen, luego que se hubiese perpetrado.

Hechos todos estos preparativos, la ejecucion del proyecto era yá de muy fácil realizacion, porque los asesinos, como empleados que eran, conocian la vida íntima del gobernador. Sabian que éste acostumbraba visitar al oficial de real hacienda, D. Clemente Rodriguez Trujillo, que vivia en la casa de gobierno, y que de ésta se retiraba á las diez de la noche para ir en calesa á la suya, situada dos cuadras al oriente de la plaza mayor, en la que hoy se llama *Calle central*. Era muy fácil situarse en este corto trayecto para aguardar á la víctima, y á fin de que el golpe pudiera alcanzarle en el carruaje, el mercenario asesino ató al mango de una escoba, un largo y bien afilado puñal.

En la noche del 22 de junio de 1792, terminada la visita de que acabamos de hablar, el gobernador se metió con D. Clemente Trujillo en una calesa que les esperaba á la puerta del *real palacio*, y el vehículo echó á rodar con direccion á la casa del primero. De súbito se oyó una voz que llamaba al capitán general, acaso para reconocerle: en seguida un ginete que se hallaba apostado en una esquina, partió rápidamente hácia la calesa: se oyó al gobernador dar un fuerte grito y se vió caer al suelo un puñal atado á la extremidad de un palo. Acto

continuo el agresor huyó al galope, cruzó rápidamente varias calles de la ciudad, y al atravesar la plaza de san Juan, el intérprete que lo esperaba acostado y envuelto en una frazada, se incorporó y le preguntó: *Ya está?*—*Ya*, respondió el asesino; y continuó su carrera hasta el barrio de San Sebastian, buscó el solar yermo de que hemos hablado, cosió á puñaladas su caballo, lo arrojó á la fosa que habia hecho preparar, juntamente con su traje de mayordomo, y en seguida se perdió entre las tinieblas.

Entretanto, D. Lucas de Gálvez, que solo creia haber recibido una pedrada en el pecho, habia ordenado al cochero que continuase su marcha, y luego que hubo llegado á su casa y bajado de la calesa con ayuda del Sr. Trujillo, pidió á su asistente una luz para examinar el mal que se le habia hecho. Apartó entónces la mano del lugar en que sentia el dolor, y de una ancha herida que tenia sobre el costado derecho, brotó un torrente de sangre, que le hizo clamar inmediatamente por un médico y un confesor. Acudieron ámbos al instante; pero encontrándole ya moribundo, apénas hubo tiempo para administrarle la extremauncion. Algunos momentos despues, la campana mayor de la Catedral y veintiun cañonazos, disparados en la ciudadela, hicieron comprender á la capital de la colonia que acababa de espirar el capitán general.

El coronel D. Alonso Manuel Peon se hizo inmediatamente cargo del gobierno, miéntras llegaba el teniente rey de la plaza de Campeche, que era el que segun hemos dicho, sucedia á los gobernadores en casos inesperados, como el presente. En seguida se comenzaron á practicar diligencias para descubrir á los asesinos del infortunado Gálvez, y aquella misma noche fueron reducidas á prision varias personas, tan inocentes como el señor Trujillo, que fué el primero á quien se encerró en un calabozo. En cuanto á los verdaderos autores del crimen, no tardaron en presentarse en la casa de gobierno, como

dependientes que eran de ella, y llevaron su audacia y su cinismo hasta el extremo de ofrecer sus servicios para las prisiones que se estaban haciendo. Probablemente fueron aceptados, porque á la justicia le faltaban brazos para la actividad que estaba desplegando, y su celo indiscreto le condujo á llenar la cárcel en pocos dias con mas de cien delincuentes imaginarios.

Pero la principal víctima de la preocupacion de los jueces, debia ser D. Toribio del Mazo. Sucedió lo que habian previsto los asesinos. Su rivalidad con D. Lucas de Gálvez, su confinamiento y sus visitas nocturnas á Mérida, hicieron que recayesen sobre él las mas vehementes sospechas, y sin otro indicio que éste, fué reducido á prision. En vano probó el desgraciado oficial que en la noche del 22 de junio se hallaba en el pueblo de Chikinonot, jugando malilla con el cura D. Manuel Correa y otras personas respetables de la poblacion (6). No solamente fué tachado el testimonio del venerable párroco por ser amigo de D. Toribio y de su tío el obispo, sino que fué encerrado en el convento de san Francisco de Mérida, como si hubiese sido un cómplice del homicida.

El asesinato de D. Lucas de Gálvez causó una sensacion profunda, no solamente en la provincia, sino tambien en la capital de la Nueva España, y aún en la corte misma, por la alta posicion social que ocupaba la víctima. La real audiencia de México nombró varios jueces especiales que vinieron á instruir el proceso, distinguiéndose entre todos el oidor D. Manuel de la Bodega, de quien un historiador que le conoció personalmente, ha dicho que era uno de los jurisconsultos mas hábiles y justificados que tenia aquel tribunal. A pesar de sus buenas prendas, este oidor vió tambien en el jóven Mazo al verdadero asesino de Gálvez, y todas las diligencias que

(6) El autor de la biografía del Sr. Piña y Mazo, publicada en el Registro, dice que D. Toribio no pudo probar la coartada; pero lo contrario afirma el continuador de Cavo, que segun se ha dicho ya, fué el relator de la causa.

practicó, se resentían de esta preocupacion. Lo mismo sucedió con otro oidor, llamado D. Francisco Guillen, y fué tanto lo que se hizo sufrir á los testigos con quienes D. Toribio habia probado la coartada, que muchos de ellos se desdijeron para alcanzar su libertad. Solamente el honrado cura Correa persistió en su declaracion, conducta que hubo de costarle siete años de encierro.

En el ánimo del anciano obispo causó un estrago profundo, la persecucion de que era objeto su sobrino. Persuadido mas que nadie de su inocencia, llenóle de ira la sospecha solamente de que se le hubiese creído capaz de cometer un asesinato. Llenó de ultrajes á los jueces comisionados, hizo representaciones virulentas, derramó á manos llenas el oro, y en suma no perdonó medio alguno para alcanzar la justificacion, ó al ménos la libertad de la pobre víctima. Cuéntase entre estos medios uno que merece la pena de ser referido.

Sea que la cárcel hubiese estado llena, ó que se hubiera querido guardar alguna consideracion con el oficial de milicias, éste se hallaba preso en una de las piezas que están enfrente de la casa de gobierno é inmediatas á la casa cural. El obispo resuelto á arrastrarlo todo para alcanzar su objeto, ordenó que se practicase en ésta una escavacion que debia llegar hasta la prision de Mazo y proporcionarle la fuga. Comenzóse la operacion felizmente, porque haciéndose ésta con el menor ruido posible, era apagado con el estruendo de la calle. Pero los soldados que custodiaban al preso y que divertian su ociosidad jugando dados sobre un tambor, notaron un dia que éstos saltaban sobre el parche, á pesar de nó hacerse ningun movimiento en el cuerpo de guardia. Sorprendidos de este fenómeno, que se repitió muchas veces, dieron cuenta á sus superiores, los cuales no tardaron en averiguar el origen y dar al traste con el proyecto de evasion.

Poco tiempo despues de este incidente, los jueces comisio-

nados sacaron de Mérida á Mazo y á sus imaginarios cómplices y los condujeron presos á la Nueva España. El jóven oficial fué encerrado en un oscuro calabozo del castillo de San Juan de Ulúa, y se cree que se le trató con aspereza y rigor con la dañada intencion de que este tratamiento inhumano le ocasionase la muerte (7). Sus jueces le creian firmemente digno de la última pena, y si no se habian atrevido á conducirle al patíbulo, era por consideraciones á la alta dignidad que ocupaba su tío en la gerarquía eclesiástica.

Mientras la justicia se cebaba de esta manera inicua en tantos inocentes, los verdaderos culpables paseaban tranquilamente en Mérida, visitando con harta frecuencia los garitos y las tabernas. El intérprete se habia presentado á la familia, en cuyo seno aspiraba á entrar; pero sea que ésta no hubiese autorizado el asesinato de Gálvez, ó que una vez cometido el crimen, ya no quisiera cumplir su promesa, volvió á rechazar con una negativa insultante las pretensiones de aquel. Esta decepcion llenó de amargura al intérprete é intentó ahogar sus penas en la embriaguez. Pero no fué esto todo. El mercenario de quien se habia valido para asesinar al gobernador, le cobraba diariamente el precio de su crimen; y aunque el intérprete le dió algunas sumas insignificantes, aquel no se daba nunca por satisfecho y amenazaba frecuentemente á su cómplice con una venganza sangrienta. La vida llegó á hacersele insoportable al intérprete, y no obstante dejó pasar ocho años sin dar un solo paso para salir de tan penosa situacion. Pero al cabo de este tiempo tomó una resolucion heroica.

Presentóse un dia al juez D. Anastasio de Lara y se delató á sí mismo, añadiendo que habia sido instigado al crimen por la familia de la dama, cuya mano se le habia negado. El juez tomó esta delacion por un efecto de la embriaguez, pues el que

(7) Bustamante, obra citada.

se la hizo daba evidentes señales de haber bebido con exceso aquel día, y no hizo ningun mérito de ella. Pero pocos dias despues volvió á presentársele el mismo hombre y repitió la misma delacion, entrando en pormenores detallados y revelando el nombre de todos sus cómplices. El juez ya no pudo entónces eximirse de proceder y redujo á prision al intérprete, al mercenario que habia ejecutado el homicidio y á algunos otros que delató el primero. En seguida inició el juicio correspondiente y dió cuenta á la real audiencia de México, la cual mandó al instante que le fuesen remitidos todos los presos.

Cuándo estos criminales llegaron á la capital de la Nueva España, ya contenia *catorce mil* fojas el proceso levantado inútilmente para descubrir á los asesinos y la corte habia gastado *cuarenta mil pesos* en jueces comisionados. El virey Marquina no tardó en persuadirse de la inocencia de D. Toribio del Mazo y dió orden para que fuese puesto en libertad, previniéndole al gobernador de Veracruz que cuando le sacase de su calabozo, no lo expusiese repentinamente á la luz, por el temor de que quedase ciego, si ésta heria su retina sin precaucion de ninguna especie. (8). Cuán dura debió haber sido la injusta prision que por ocho años sufrió el desgraciado caballero! Las demás víctimas inocentes del suceso del 22 de junio tambien fueron puestas entónces en libertad, aunque los sufrimientos de algunas habian terminado ántes de esta reparacion, pasando del calabozo al sepulcro.

El alcalde de corte D. Manuel Castillo Negrete, fué comisionado por la audiencia de México para instruir el proceso bajo el nuevo aspecto que acaba de tomar. Al hacérsele su confesion con cargos al perpetrador del asesinato, un sudor copiosísimo brotó de todo su cuerpo, empapó su traje grosero, penetró en el asiento de la silla de paja que ocupaba, y cayó en gotas al suelo. Quedó en suma tan vivamente afectado con

(8) Bustamante, *ubi supra*.

la diligencia, que el mismo dia espiró en su calabozo. El intérprete fué puesto á cuestion de tormento, y en esta operacion se le dislocó una vértebra del cerebro, circunstancia que le impidió en adelante disfrutar del placer de dormir acostado.

Poco tiempo despues se verificó ante un concurso numeroso, la vista de la causa, en la cual desempeñó el oficio de relator el licenciado D. Carlos M.^a Bustamante, quien asegura que este encargo le costó diez años de vida. Con sorpresa de todo el mundo, el intérprete solo fué condenado á enseñar la doctrina en la cárcel y á servir de sacristan en la capilla del mismo establecimiento. Pero la corte no aprobó esta sentencia, aunque acaso cuando la noticia llegó á México ya el intérprete habia dejado de existir, porque el historiador de quien acabamos de hablar, no vuelve á ocuparse de él en el discurso de su narracion.